

DISOLUCIÓN Y CONDENSACIÓN DEL PODER. UN EXAMEN DE LA “MODERNIDAD
LÍQUIDA” A TRAVÉS DE GIACOMO MARRAMAIO

Nerea Miravet Salvador

Universitat de València¹

Nerea.Miravet@uv.es

“Casio: Él se pasea por el mundo, que le parece estrecho, como un coloso, y nosotros, míseros mortales, tenemos que caminar bajo sus piernas enormes y atisbar por todas partes para hallar una tumba ignominiosa” (W. Shakespeare, *Julio César*, Acto I, Escena II).

En una reciente entrevista concedida al periódico *Levante-EMV*, Hervé Falciani, abanderado de la formación *Red ciudadana. Partido X*, pugnaba por presentar el proyecto europeo de la misma contra la insistencia del periodista en conocer el nombre de los 32 valencianos incluidos en la lista de evasores fiscales prohijados por la filial suiza del HSBC (*The Hong Kong and Shanghai Banking Corporation*) que ha hecho célebre al monegasco. Sentenciado ya el titular de la entrevista como “Los 32 valencianos con cuenta en mi banco tenían más de un millón de euros”², el candidato trataba de zanjar la cuestión asegurando que “No importa quiénes son porque cambiarán. Han cambiado. El problema es que sigue saliendo dinero de España”. Ignorando por un momento las restricciones legales que de hecho limitan la libertad de Falciani para desvelar su catálogo de infractores, podemos ver en esta focalización sobre los mecanismos que permiten el fraude, en detrimento de un énfasis sobre los autores nominales del mismo, un magnífico ejemplo del asentamiento de la idea de despersonalización que acompaña, en los discursos contemporáneos en torno al poder, al afianzamiento de la extraterritorialidad de este. Algo que, dicho sea de paso, en el caso de Falciani se desprende de la configuración reticular misma de la formación política cuya lista electoral encabeza. Sin embargo, ¿es cierto que los nombres hayan perdido su importancia? O

¹ Este texto ha sido realizado en condición de beneficiaria del programa de Ayudas para la formación de personal investigador de carácter predoctoral, en el marco del Subprograma “Atracció de Talent” de VLC-CAMPUS de la Universitat de València y en el seno del proyecto de investigación “Hacia una Historia Conceptual comprensiva: giros filosóficos y culturales” (FFI2011-24473) del Ministerio de Economía y Competitividad.

² Entrevista realizada el 19 de mayo de 2014 en Valencia. Entrevistador: Sergi Pitarch para *Levante-EMV*. Disponible en: <http://www.levante-emv.com/comunitat-valenciana/2014/05/19/32-valencianos-cuenta-banco-tenian/1113379.html> [última visita: 22-10-2014].

por plantearlo en términos más apropiados, ¿es operativa una concepción del poder carente de coágulos a los que interpelar? Esta es una de las preguntas que Giacomo Marramao le dirige a Zygmunt Bauman y, podríamos decir, la matriz de sus recelos hacia la idea de Modernidad líquida.

El de Zygmunt Bauman es uno de los diagnósticos del presente que mayor fortuna ha alcanzado en la última década, al menos si atendemos a los índices de éxito editorial. La “Modernidad líquida” se ha revelado una categoría interpretativa poderosa, capaz de condensar y articular en una misma narración siempre ampliable el conjunto de fenómenos que le conceden a esta época su carácter particular,³ así como las continuidades y rupturas que la conectan con esa Modernidad a secas que, en el caso de este pensador, se carga con el signo de lo sólido. Sin ir más lejos, el insaciable apetito de destrucción y reconstrucción que inaugura el pasaje a la mayoría de edad ilustrada, hace de la licuefacción el atributo distintivo por antonomasia de la Modernidad, inclusive en su fase sólida. De este modo, es un mismo principio moderno de pleno derecho el que por una potenciación cuantitativa desemboca en una transformación cualitativa de la naturaleza de la época moderna. Si entendemos que aquello que distingue el estado líquido de una sustancia es ante todo su incapacidad para fijarse *sine die* a una determinada disposición espacial, entonces resulta que la progresiva emancipación respecto al espacio constituye eso que en el marco conceptual de Bauman anuda, al tiempo que distingue, los dos momentos que históricamente conforman el proceso de modernización. Y así mismo, según lo dicho, es la dilatación de esta autonomía en relación con el espacio, gracias al aumento exponencial del rendimiento en el recorrido de distancias, lo que le concede al presente su singularidad irreductible, siempre entendida como declinación particular de lo moderno. En resumidas cuentas, el tiempo (acelerado) ha acabado por erigirse en patrono de una época que bien podríamos llamar atópica.

Esto reviste una especial importancia para el tema que nos ocupa, en la medida en que en el planteamiento de Bauman, la primera acepción de espacio en el contexto de la Modernidad sólida es poder.⁴ Los límites de circunscripción del *demos* son las fronteras que permiten cuantificar el alcance del poder político moderno. La jurisdicción es la compañera de baile de la soberanía, en el marco de una Modernidad cuyo carácter plúmbeo se manifiesta

³ El mismo Bauman ha ido rellenando este catálogo con obras como: (2011), *Amor líquido* [2003], México [etc.], FCE; (2013), *Vida líquida* [2005], Barcelona, Planeta; (2007), *Miedo líquido* [2006], Barcelona, Paidós; (2007), *Tiempos líquidos* [2006], Barcelona, Tusquets; (2013), *La cultura en el mundo de la modernidad líquida* [2011], Madrid, FCE; o el más reciente (2013) *Vigilancia líquida*, Barcelona, Paidós.

⁴ Cf. Bauman, Zygmunt (2004), *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, FCE, p. 273.

en la promoción de la magnitud como criterio de supremacía. Así, Bauman lee schmittianamente –Agamben mediante– el poder moderno haciéndolo depender de su control sobre el acceso a la ley dentro de las propias fronteras, de manera que no solo determina la ubicación de cada individuo en el espacio jurídico que le corresponde, sino también y sobre todo los espacios y momentos en que se impone la suspensión de la legalidad. La extensión del Estado es, pues, la del alcance de su poder de excepción; pero solo porque el poder tiene un carácter territorial, es de la máxima importancia este señorío sobre el arte de exceptuar. Esto nos obliga a matizar la afirmación de que la modernización es el despliegue de una progresiva emancipación con respecto al espacio, puesto que en su fase sólida la Modernidad imprime al desarrollo del actuar humano un imperativo de avivar el ritmo solo en cuanto fórmula para la conquista del territorio, inclusive del “espacio-futuro”. De este modo, la aceleración es un arma al servicio de la ampliación del espacio de acción, por cuya intercesión se legitima, al tiempo que este crecimiento repercute en su propio progreso: a mayor espacio, mayor posibilidad de aceleración.

Un supuesto subyace a todo ello: la obsesión por el orden con la que Bauman singulariza la primera fase de la Modernidad. Ya en su estudio de 1991 *Modernidad y ambivalencia*, nuestro autor se había referido al propósito de construir un orden humano perfecto como el arquetipo de todos los objetivos modernos.⁵ En las obras que avanzan en la estela de la liquidez a partir de la publicación una década más tarde de *Modernidad líquida*, esta condición adquiere la consistencia plástica de lo sólido, puesto que es su compromiso con la tarea de llevar a la humanidad a su cumbre más elevada, el que anuda el destino de la temprana Modernidad con la construcción de nuevos pilares y no sin más con la mera disolución de antiguas certezas, lealtades y confines. La clase social, nuevo nicho preparado para recoger y reconvertir los desechos de los exánimes estamentos de *l’Ancien Régime*, ofrece un buen ejemplo de ello. Así, según lo plantea Bauman, el Estado-nación es la réplica imperfecta del pensamiento utópico que caracteriza la época de su emergencia, a saber, un espacio netamente delimitado, cohesionado interiormente sobre la base del reconocimiento de una misma autoridad, donde nada responde al azaroso juego de las casualidades, sino a un exhaustivo diseño en que cada parte ratifica la sublimidad del todo.⁶ Desde la perspectiva de los nacientes Estados modernos, esto supone, parafraseando a Umberto Eco, la emergencia de una clase de poder (político) que pugna por extender su alcance hasta lugares inexplorados

⁵ Bauman, Zygmunt (2005), *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos, p. 23.

⁶ Bauman, Zygmunt (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 272.

para otros poderes. No basta con establecer el marco dentro del cual tenga que moverse la libre combinación de posibilidades de comportamiento de los individuos, la Razón moderna animaría una manipulación de esas posibilidades vuelta a “convertir lo permitido en obligatorio y eliminar el resto”.⁷ De este modo, Bauman retoma en sus análisis sobre la Modernidad sólida el itinerario marcado por la Teoría Crítica, recorriendo los mojones de un poder moderno que se desvela invasor y, por ende, potencialmente totalitario; así como los ítems foucaultianos del dominio mediante la rutinización del tiempo o la fábrica como institución disciplinaria.⁸ Sin embargo, nuestro autor no encuentra en ello sino el reverso tenebroso de una praxis política que vela por la preservación de un compromiso con la ciudadanía de cualquier fuerza extra-política que pretenda hacer valer sobre esta su potencia económica, intelectual... Así, entiende Bauman, esta es la época en que el liderazgo espiritual y la nación moderna se alían para combatir la superstición, el oscurantismo y la vulgaridad, lo que supone asumir la educación del género humano como un problema colectivo a resolver.⁹ Pero también y muy especialmente, el poder moderno, a partir de la Revolución francesa, se erige como contrapeso “para hacer frente a la incapacidad de las municipalidades, corporaciones profesionales y otras formas de gobierno local a la hora de *contener y controlar las poderosas fuerzas económicas que se alzaban por encima del nivel local* y operaban más allá de su control...”.¹⁰ El Estado moderno sólido, apunta Bauman, actuó como mediador entre trabajo y capital y pudo ejercer presión sobre este último en virtud de la dependencia que ligaba al suelo a las grandes inversiones económicas (enormes fábricas, maquinaria pesada, mano de obra fidelizada...). La planta Willow Run de General Motors en Michigan o el apego de J. D. Rockefeller a la acumulación de bienes materiales ostentosos por sus dimensiones, son dos de los ejemplos predilectos de nuestro autor a la hora de dar cuenta de una equivalencia entre espacio y poder que también se da en términos económicos.

En resumidas cuentas, el espacio es, en la lectura de Bauman, la matriz que conecta las aspiraciones de las élites políticas, económicas e intelectuales, y las de los propios ciudadanos, en una convivencia forzada no sin fricciones, pero precisamente por ese imperativo de contacto, abocada a ser afrontada. Así las cosas, es evidente que la irrelevancia

⁷ Bauman, Zygmunt y Lyon, David (2013), *Vigilancia líquida*, ed. cit., p. 89, trad. Alicia Capel Tatjer.

⁸ Ambas referencias son recurrentes. Cf. a título de muestra: Bauman, Zygmunt (2007), *Modernidad líquida*, México, FCE, pp. 15 y 31-33.

⁹ Cf. Bauman, Zygmunt (2001), *En busca de la política*, Buenos Aires, p. 113.

¹⁰ Bauman, Zygmunt (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 25, trad. Mirta Rosenberg y Ezequiel Zaidenweg. La cursiva es mía.

del espacio consumada en el tránsito a la Modernidad líquida plantea en Bauman una subversión de los esquemas clásicos de poder.

Según venimos insistiendo desde el inicio, la modernización en Bauman condensaría las múltiples facetas de un proceso por el que desde el ferrocarril y el telégrafo hasta la banda ancha y los puentes aéreos, las constricciones ligadas a la superficie (su extensión, calidad, ubicación...) serían cada vez menos determinantes para la vida humana.¹¹ En su lugar, la velocidad va a adquirir un estatus nunca antes conocido, convirtiéndose en un factor jerarquizante. Frente a un espacio agotado por la relativa facilidad de desplazamiento a lo ancho y largo del globo, así como por la futilidad misma de este desplazamiento a la vista del enorme desarrollo en el ámbito de las comunicaciones, el aparente escarnio ante todo límite que evidencia el incremento de ritmo en cualesquiera dominios de la vida, sitúa al tiempo como tablero de juego de las luchas modernas líquidas por el poder. Y por la misma razón, la condición de posibilidad del señorío de los veloces es su poder para impedir la libertad de movimiento de aquellos sobre los cuales se vierte su condición de poderosos. Según asegura Bauman, la posibilidad de moverse a voluntad siempre ha sido síntoma de poder, solo que en este momento se encuentra más inequitativamente repartida que nunca.¹²

En semejante escenario es sin duda el capital el que frente a la constitutiva territorialidad de los Estados modernos está llamado a imponerse, siempre y cuando consiga maximizar su movilidad reduciendo al mínimo la dependencia del trabajo que lo liga a unos u otros puntos geográficos. El tránsito de la Modernidad sólida a la Modernidad líquida tiene entonces su correlato en el paso de un “capitalismo pesado” a un “capitalismo liviano”, esto es, en el periclitar del sistema económico basado en la fábrica y el afianzamiento de un modelo financiero. De este modo, la segunda fase de la emancipación espacial que teje el hilo de continuidad de la Modernidad, constituye en el planteamiento baumaniano un momento ulterior de aquella “Gran Transformación” descrita por Karl Polanyi: la escisión entre la actividad económica y el hogar es el antecedente directo de una corrosión del vínculo entre trabajo y capital, en virtud de la cual sería ahora el Estado moderno el que vería a la economía abandonar la morada paterna para emprender su propio camino.¹³ Es decir, la libertad de movimiento sin precedentes ganada por el dinero destinado a producir más dinero ejercería una presión tal sobre los Estados con su amenaza de desmantelamiento de las unidades

¹¹ Bauman, Zygmunt (2007), *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 126; (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 22.

¹² Bauman, Zygmunt (2007), *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 161.

¹³ Bauman, Zygmunt (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., pp. 101-103.

productivas ubicadas en su territorio, que las agendas políticas gubernamentales se verían condenadas a plegarse a sus condiciones para garantizar el sostén del mercado laboral a su cargo.¹⁴ Los ejemplos recientes que conceden verosimilitud a la narración de Bauman son numerosos y no requieren mayor explicación. Baste con nombrar las garantías de modificación de horarios y congelación de sueldos ofrecidas a Nissan por la Generalitat de Catalunya y el Gobierno Central en 2009 y 2013, como prenda por la concesión de la producción de un nuevo modelo de furgoneta.¹⁵ Es sumamente difícil no concluir entonces con Bauman que: “Como nunca antes, la política de hoy es un tira y afloja entre la velocidad con la que el capital se mueve y la cada vez más disminuida capacidad de acción de los poderes locales”.¹⁶ El poder ya no forma hendíadis con la política, sino que permanece confinado dentro del fluctuar de los mercados mundiales, los inversores globales, las condiciones de comercio o la competencia, amparado por un Estado moderno transfigurado en “precinto policial ampliado y enaltecido”, destinado a preservar la mínima organización interna necesaria para la esporádica visita del nuevo capital nómada.¹⁷

Se produce pues, en Bauman, una triple asociación dicotómica que sintetiza el carácter de las dos fases que atraviesa el poder en la Edad Moderna. La primacía del espacio, el peso de la política encarnada en el Estado-nación y la naturaleza local del escenario en que se dirimen las condiciones de vida del hombre moderno, forman bloque bajo la cabecera de la solidez frente a la preeminencia del tiempo (acelerado), la emancipación del capital y la dimensión global de los juegos de poder, en la era líquida. De modo que, “La desaparición del Estado-nación coincide y se confunde con la *expropiación* de las antiguas élites locales, que por el hecho de ser locales han perdido casi todo su poder, y con la *secesión* de una nueva élite global cada vez más poderosa justamente por ser global: una élite que ya no está arraigada ni atada a ninguna de las entidades políticas nominalmente soberanas”.¹⁸ De ahora en adelante el poder es poder de movimiento y, por ende, las delimitaciones territoriales se convierten en impedimentos a vencer. Esto supone, por un lado, que el poder ya no tiene

¹⁴ Bauman, Zygmunt (2007), *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 159-160.

¹⁵ Cf. http://ccaa.elpais.com/ccaa/2013/01/21/catalunya/1358770089_212919.html y http://economia.elpais.com/economia/2013/02/08/actualidad/1360345215_033924.html [última visita: 22-10-2014].

¹⁶ Bauman, Zygmunt (2007), *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 160, trad. Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide Squirru.

¹⁷ Bauman, Zygmunt (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., pp. 92 y 106.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 282. Hay que tener presente que Bauman utiliza el epíteto “local” en su más estricto significado de perteneciente o relativo al lugar, de manera que en su uso adquiere tanto una adscripción estatal, como por ejemplo en *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 196-197, cuanto el sentido de un espacio urbano, como ocurre en *Tiempos líquidos*, ed. cit., pp. 118-119.

sedes, ya no se arremolina entorno a centros o primeras líneas de combate sino que amplía el campo de batalla a la totalidad del espacio global, homogéneo y libre de indicaciones y significados estables. Ya no hay un espacio sólido que conquistar, ni líder o ideario a los que exigir rendir cuentas: “Lo que ha ocurrido durante el pasaje del capitalismo pesado al liviano es que han desaparecido los invisibles ‘politburós’ capaces de ‘absolutizar’ los valores de las cortes supremas autorizadas a emitir veredictos inapelables sobre objetos dignos de ser perseguidos”.¹⁹ Con lo que, por otro lado, y en virtud de ese mismo apego a la movilidad, el poder ya no se entiende como la coacción a ajustarse a un orden determinado (la “absolutización de valores” y el “veredicto inapelable sobre objetos dignos de ser perseguidos”), en la medida en que esto requeriría un compromiso con el lugar acotado por tal orden que obstaculizaría la labilidad que hace de esas instancias agentes de poder. La novedad radical producida en el ámbito del poder por la electrizante aceleración alcanzada, resulta así no ser tanto la dilatación de las posibilidades de la presencia, cuanto la hegemonía de la desaparición. Desaparición constantemente repetida de las instancias susceptibles de imprimir una dirección al desarrollo de los acontecimientos y de intervenir en la vida de individuos y comunidades para asegurar el cumplimiento de alguna suerte de plan futuro: “La sustancia que alimenta a la actual Segunda Fase de la Gran Transformación es el derrumbe del proyecto de la ‘ingeniería social’ y de las agencias deseosas y capaces de hacer de aquél una realidad palpable [...] Por estos días, el arte de la administración consiste cada vez más en negarse a administrar y en dejar aquello que antes era objeto de administración librado a ‘su propio equilibrio’, como las divisas en los actuales mercados desregulados”.²⁰ Con un Estado pusilánime que no solo no es capaz de hacer frente a las nuevas élites globales, sino que además se ve en la tesitura de solventar desde su espacio local y con sus obsoletos instrumentos modernos de gestión de la soberanía, problemas de procedencia global (trabajo, inmigración, medioambiente...); y un capital que hace descansar su optimización en el desmantelamiento de todo compromiso con la población, la extraterritorialidad se traduce, en el marco del pensamiento baumaniano, en una privatización de la Modernidad misma “en la que el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen

¹⁹ Bauman, Zygmunt (2007), *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 66; cf. también (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., pp. 284-286. Para la obsolescencia de las nociones de “centro” y “periferia”, cf. (2007), *Miedo líquido*, ed. cit., p. 162.

²⁰ Bauman, Zygmunt (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., pp. 23 y 47. No en balde, la denominación completa de conglomerados como el HSBC al que nos referíamos a propósito de Falciani, es Sociedades de Responsabilidad Limitada (SRL).

primordialmente sobre los hombros del individuo”.²¹ Lejos de pasar a mejor vida, la idea de progreso resiste los embates de la disolución de los sólidos, solo que su supervivencia le exige un cambio de ubicación a favor del ámbito privado.²²

En suma, si el pasaje de una a otra fase de la Modernidad justifica el empleo del juego de texturas sólido-líquido para su caracterización en función del abandono de la voluntad y el ejercicio de sentar nuevas bases para un nuevo mundo, en lo concerniente al poder, ello se traduce en su reconfiguración como atributo ya no de la facultad de separar lo legítimo de lo ilegítimo, sino de la libertad para orillar esta misma tarea. La extraterritorialidad del poder moderno líquido no es entonces una mera cualidad accesorio, sino la expresión de su empeño por mantenerse sobrevolando –por encima pero sin amarras- el dominio de la política.

Asumiendo como propia la denuncia de este mismo hiato entre política y poder, Giacomo Marramao ha criticado duramente, sin embargo, la lectura baumaniana de este último, manifestando su disconformidad con la extensión del potencial heurístico de la idea de liquidez también a este terreno. De hecho, el desacuerdo respecto al tratamiento en Bauman de la así denominada globalización, que el italiano ha hecho explícito en varios puntos de su obra, encuentra su clave de bóveda precisamente, a mi parecer, en esta fricción en torno a la naturaleza del poder en el mundo actual. Este mundo, sugiere reiteradamente Marramao, no cabe en la estrechez de que adolece el esquema baumaniano al convertir solidez y liquidez en una concatenación de momentos, en lugar de contemplarlos como lo que realmente son: los dos lados de una aporía inherente a la Modernidad y especialmente pronunciada en la que Marramao gusta de llamar Hipermodernidad. En otros términos, la contemporaneidad se caracterizaría por un doble movimiento de disolución-condensación, antes que no por un olvido de la segunda en beneficio de la primera. Esta ambivalencia se manifiesta en dos aspectos que, como trato de sugerir, parecen erigir al poder en atalaya para la confrontación entre ambos pensadores.

En primer lugar, Marramao conjura la triple asociación dicotómica apuntada más arriba entre espacio, política y localismo, frente a tiempo, capital y globalización, que justifica en Bauman la asimilación de la crisis del Estado moderno a una expropiación del poder a las élites locales por parte de la nueva oligarquía global. El italiano va más allá y ve en esta dualidad un *revival* del viejo enfrentamiento entre identidad e interés, por cuanto lo que se estaría poniendo en juego en la insistencia en la hostilidad entre local y global, no sería sin

²¹ Bauman, Zygmunt (2007), *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 13 y 34.

²² Bauman, Zygmunt (2007), *Tiempos líquidos*, ed. cit., p. 145.

más la pugna entre una uniformización tecno-económica y financiero-mercantil, por una parte, y una diferenciación territorial, por otra, sino también, en último término, entre el modelo del individualismo y universalismo de raigambre ilustrada y el modelo antinuniversalista, contextualista o comunitarista. Frente a esta articulación de asociaciones que es explícitamente atribuida, entre otros, a Bauman, Marramao declara: “no creo que las identidades pertenezcan, *toto caelo*, a lo local y que los intereses económicos-materiales pertenezca, por el contrario, *toto caelo*, a lo global [...] Considero que ambos elementos – interés e identidad- cortan de forma transversal tanto lo local como lo global, y entran, por tanto, en el fenómeno de la *glocalización*”.²³ Lo “glocal”²⁴ no consiste en una mera coexistencia de dos tendencias contrapuestas, sino que permite referir a esa aporía del “sistema-mundo” por la que homogeneización y heterogeneización se implican mutua y conflictivamente. Marramao desestima por ello la propia utilización de la *glocalización* en la pluma de Bauman, puesto que este acaba presentándolo “como una división topológica entre una vertiente ‘activa’ y una vertiente ‘pasiva’, entre la movilidad de los estamentos globalizados y la sedentariedad de los estamentos localizados”.²⁵ Y así, en cuanto elemento estratificador: “Como un mero rasgo disyuntivo y no también conjuntivo: una simple línea de demarcación entre cosmopolitismo de los ricos, vistos como una sociedad del *jet set* indiferente a toda frontera, y localismo de los pobres, constreñidos y cerrados en sus sitios siempre más marginales y periféricos”.²⁶ El italiano asegura que el campo de tensiones entre global y local no se dirime en una mera repulsa comunitarista a la inclinación moderna a la expansión, sino más bien en “una verdadera *producción [global] de localidad*”.²⁷ La disolución de la diferencia operada por la globalización va unida constitutivamente a una reconstrucción de la misma, por la que el contacto entre individuos desnaturalizados potencia un ánimo creativo en lo que a tradiciones y comunidades se refiere, que convierte lo local, en palabras de Appadurai de las que Marramao se adueña, en una práctica social de la

²³ Marramao, Giacomo (2011), “Las nuevas caras del poder. Populismo y postdemocracia”, en *Artificium*, año 2, vol. 1, pp. 96-97, trad. Carolina Bruna Castro y José Luis Egio García.

²⁴ Expresión atribuida a Roland Robertson, quien en realidad no hace sino rentabilizar el neologismo “glocalización” empleado ya anteriormente en Japón en el ámbito mercantil. Cf. Robertson, Roland (2003), “Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad”, en Juan Carlos Monedero (ed.), *Cansancio del Leviatán: problemas políticos de la mundialización*, (trad. Juan Carlos Monedero y Joaquín Rodríguez), Madrid, Trotta, pp. 261-284.

²⁵ Marramao, Giacomo (2006), *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*, (trad. Heber Cardoso), Buenos Aires, Katz, p. 40.

²⁶ Marramao, Giacomo (2008), *La passione del presente. Breve lessico della modernità-mondo*, Turín, Bollati-Boringhieri, p. 32. También para lo que sigue.

²⁷ Marramao, Giacomo (2006), *Pasaje a Occidente*, ed. cit., p. 41. Cf. para lo que sigue, pp. 42-43.

imaginación. Podríamos decir que la localidad solo existe en virtud de la apertura de un escenario global, algo que se remonta al menos hasta la conquista del Nuevo Mundo y la conversión del globo en una esfera circunnavegable.²⁸

Como no podía ser de otra manera, Marramao reconoce que lo glocal no solo se resuelve en interdependencia y acción recíproca, sino que reina entre ellos igualmente el cortocircuito. En este punto, ambos autores coinciden en señalar que la raíz de semejante disfunción se encuentra en el revés sufrido por la función mediadora del Estado-nación: “El cortocircuito se crea porque los particulares Estados soberanos resultan demasiado pequeños para hacer frente a los desafíos del mercado global y demasiado grandes para controlar la proliferación de las temáticas, de las reivindicaciones y de los conflictos inducidos por los diferentes localismos”.²⁹ Bauman mismo señala, en palabras análogas a Marramao, que el Estado-nación se encuentra “atrapado entre dos fuerzas que lo presionan simultáneamente ‘desde arriba’ y ‘desde abajo’”,³⁰ esto es, las corporaciones transnacionales y los brotes etnicistas. De este modo, ambos autores advierten al unísono de que la pérdida de eficacia de la soberanía estatal no conlleva necesariamente una disminución cuantitativa de la forma-Estado, más bien, de hecho, ha ido acompañada de su proliferación.³¹

En segundo lugar, el error consistente en decantar la balanza del mundo contemporáneo hacia el lado de la disolución se manifiesta en el hecho de que el capital global, pese a lo que creyeron sus teóricos clásicos (desde Weber y Schumpeter a Lenin, Luxemburgo o Hilferding), es al mismo tiempo difuso y concentrado. Bauman atina al sacrificar el esquema centro/periferia sobre la base de una luxación de las formas de organización y control ligada en gran medida al tránsito en tiempo real de dinero e información. Pero este primer resultado oscurece todo su análisis al impedirle recalar en la concentración que pese a ello caracteriza aún hoy al capital, en virtud de la solidez de su lógica de dominio.³² El hecho de que se expanda e imponga en la forma de flujos de carácter financiero-comercial y tecnológico-comunicativo, así como su maleabilidad a la hora de diferenciarse culturalmente según los lugares en que se asienta, no debería hacer descuidar el hecho de que como poder responde a una firme codificación, razón por la cual es posible su

²⁸ *Ibíd.*, pp. 19 ss.

²⁹ Marramao, Giacomo (2008), *La passione del presente*, ed. cit., p. 31.

³⁰ Bauman, Zygmunt (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 282.

³¹ En el caso de Marramao, cf. (2011) “Las nuevas caras del poder”, *ob. cit.*, pp. 90-91; para Bauman: (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., pp. 104-106.

³² Marramao, Giacomo (2013), *Dopo il Leviatano. Individuo e comunità*, Turín, Bollati Boringhieri, p. 455.

análisis. De hecho, de acuerdo con el italiano, la consideración restrictivamente tocante al movimiento de disolución que caracterizaría el planteamiento de Bauman, hace que sea insostenible la misma noción de poder, por cuanto su utilización requiere de la identificación de condensaciones, por mucho que estas puedan haber abandonado los espacios clásicos del ejercicio del mismo. De esta manera, Marramao muestra en *Dopo il Leviatano* sus reservas respecto a la noción de modernidad líquida “por la decisiva razón de que cada flujo presupone una fuente [...] y esta fuente nos impone localizar dónde están asentados y cómo operan los *poderes de fusión* de nuestro mundo hipermoderno. Ahora se trata de poderes dislocados respecto a las instituciones, a los lugares y a los ámbitos territoriales de las democracias. Poderes que operan a través de vínculos de la economía y de las finanzas, reproduciendo el dominio sobre las mentes y sobre los cuerpos por medio de una disociación entre material y simbólico”.³³ Con ello, Marramao nos ofrece además una clave del carácter compacto que a despecho de Bauman le reconoce al poder: la “disociación entre material y simbólico” como constante de su *modus operandi* en la fase hipermoderna, algo a lo que volveremos a referirnos más adelante. Se aprecia, por tanto, que la de Marramao es, antes que nada, una objeción ético-política, puesto que la perentoriedad de la crítica a la Modernidad líquida surge del riesgo que esta conlleva de perder de vista la posibilidad y urgencia de localizar los lugares donde se asienta el poder y desentrañar sus lógicas de dominio.³⁴

La interpelación de Marramao pone en jaque la capacidad de la lectura de Bauman para explicar qué sea el poder, teniendo en cuenta que entre las prerrogativas con que lo adereza está la de mantenerse ajeno a la institución de un orden. Como ya hemos indicado, desterritorialización, disolución y desregulación son sus señas. Pero si ni entre sus propósitos ni entre sus acciones está el trazado de las condiciones en que tendrá que desarrollarse la vida de los sujetos, ¿en qué consiste, pues, ese poder? ¿Poder de qué y sobre qué? No es cierto, sin embargo, que Bauman opere con un concepto fantasmagórico, por utilizar el calificativo con el que Marramao se ha referido a ello en varias ocasiones.³⁵

Pese a haber asegurado que se evita activamente el compromiso con las poblaciones subordinadas o que si la élite formula un código de conducta y un régimen de expectativas es

³³ *Ibid.*, pp. 465-466.

³⁴ Cf. Miravet, Nerea y Marramao, Giacomo (2014), “El pensamiento fuerte de la contingencia. Conversación con Giacomo Marramao”, *La Torre del Virrey*, nº 15, especialmente la p. 64.

³⁵ Por ejemplo en (2011), “Las nuevas caras del poder”, *ob. cit.*, p. 88; o en Miravet, Nerea y Marramao, Giacomo (2014), “El pensamiento fuerte de la contingencia”, *ob. cit.*, p. 64.

únicamente por omisión,³⁶ encontramos en Bauman numerosas afirmaciones, de las que ya hemos apuntado algunas, de acuerdo con las cuales las presiones de mercado habrían arrebatado a los ordenamientos jurídicos estatales la facultad de establecer un marco de acción. El argumento subyacente es que habría que hacer una neta distinción entre la inhabilitación de los Estados para regular y el cese de la regulación misma.³⁷ Pero ello sigue sin explicar cómo la postulación de una serie de fuerzas que de facto estarían fagocitando el poder de la política, es compatible con su propia constatación de una Modernidad dejada a su suerte. A no ser que encontremos en esta misma aparente contradicción la piedra angular que sostiene todo el tratamiento baumaniano del funcionamiento de los nuevos poderes líquido-modernos: “¿No serán las mutuas dislocaciones de elementos, los constantes desequilibrios, la infinita serie de perturbaciones y disrupciones que dan como resultado la producción masiva de incertidumbre en todos los niveles de la organización social las mismas cualidades que hacen del nuevo ‘desorden mundial’ (por emplear la oportuna frase de Kenneth Jowitt) un *sistema*?”.³⁸ Lo burdo y lo retorcido se dan la mano para construir conjuntamente un (des)orden que se impone mediante su persistencia en la transitoriedad. La vida de los hombres y mujeres modernos líquidos se desarrolla siguiendo la cadencia marcada por trabajos progresivamente menos duraderos, saberes e instrumentos de caducidad temprana, vínculos interpersonales nacidos bajo el auspicio de la obsolescencia o rebeliones cada vez más adscritas a la consecución de objetivos concretos a corto plazo. Puesto que nada está hecho para persistir, la experiencia vital se carga de contingencia y pierde la posibilidad de ser enmarcada en una trayectoria. La confección de un *projet de vie* que pueda sostener no solo la realización del individuo como tal, sino también integrar las aspiraciones de una colectividad, es de todo punto insostenible. Pero lo más remarcable para el tema que nos incumbe es que, según lo presenta Bauman, este proceso no es en absoluto espontáneo o, cuanto menos, no es ajeno a la constitución como tal del poder fluido: “Las nuevas técnicas de dominación dan como resultado que las opciones se hayan vuelto endémicamente no concluyentes, e impliquen su propia falta de secuencialidad, de modo tal que lo que se elige no alcanza a sentar un precedente para las elecciones futuras, y las opciones se resisten así a crear un ‘proyecto de vida’ [...] Por cierto, no es extraño que se resistan, ya que desde le ‘sistema’,

³⁶ Cf. Bauman, Zygmunt (2007), *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 17-20; y (2004) *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 285.

³⁷ Bauman, Zygmunt (2001), *En busca de la política*, ed. cit., pp. 82-83.

³⁸ Bauman, Zygmunt (2004), *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 107.

ahora desprovisto de un cuartel general con domicilio permanente, llegan a diario, y en cantidades crecientes, señales difusas, confusas, controvertidas y mutuamente contradictorias.”³⁹ Contra la naturalización a la que, asegura Bauman, se lo somete,⁴⁰ el crecimiento de inestabilidad sobre cuyo trasfondo se desarrolla la vida de los individuos se integra con la actividad de una nueva técnica de control consistente en someter a estos al mandato de autodeterminarse, al tiempo que se trabaja en pos de unas condiciones absolutamente desfavorables para ello, perpetuándolos en una lucha que, como diría Wittgenstein, deja todo como estaba. Se diluye la eficacia de las instituciones políticas y sociales para ofrecer –mucho menos instigar– patrones de conducta y garantizar el acceso a recursos materiales; se alimenta la idea de que las victorias de otros entrañan el fracaso propio; se temporaliza la validez de los conocimientos que pueden sufragar la emancipación de un sujeto... Potenciándose así la que Bauman denomina la mayor contradicción cultural de nuestro tiempo: la que se da entre individuo *de iure* e individuo *de facto*.⁴¹ Así, obligados a dar respuesta desde sí mismos a problemas que obviamente los trascienden, y por esta misma razón, destinados a un fracaso recurrente, no es extraño, aduce nuestro autor, que la postergación de la gratificación con miras a la edificación de un futuro mejor, que según este habría constituido la tendencia sólido-moderna mayoritaria, se haya quedado sin valedores frente a la nueva “opción más racional” de la satisfacción inmediata. En este sentido, Bauman critica la superficialidad de aquellos análisis que explican la inclinación contumaz al consumo como simple hedonismo o como un comportamiento sin más artificialmente inducido. Por el contrario, opina este autor, se trata de una reacción ante la angustia producida por el aumento exponencial de incertidumbre e inseguridad con el que se gobierna la vida de los individuos.⁴² Sin embargo, ninguno de los objetos sobre los que se vierte esta persecución del deseo consigue saciar a los sujetos y mucho menos eliminar su zozobra. La satisfacción inmediata se salda con el agotamiento instantáneo del placer, con lo que la postergación de la gratificación se convierte en una condena antes que no en una orientación práctica. ¿Pero qué nos encontramos aquí sino un recurso a la acumulación eternamente insatisfecha de la

³⁹ *Ibid.*, p. 50.

⁴⁰ Esta circunstancia es notablemente apuntada en *En busca de la política* [ed. cit., trad. Mirta Rosenberg], donde se afirma por ejemplo que la agenda de elección impuesta por los nuevos poderes “no es ni racional ni irracional; no responde a los preceptos de la razón ni los combate. Simplemente *es*, a la manera en que son los océanos y las cordilleras” (p. 84), o más adelante: “la integración y la reproducción del ‘orden global’ toman una vez más la apariencia de un proceso espontáneo y autoimpulsado” (p. 109).

⁴¹ Bauman, Zygmunt (2007), *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 43.

⁴² *Ibid.*, p. 87.

juissance a la que se refería Marramao al hablar de “disociación entre material y simbólico”? De este modo, contra las reticencias del italiano, ambos autores acaban confluyendo en la escisión entre deseo y goce a la hora de dar cuenta de las estrategias del poder contemporáneo,⁴³ con lo que no deja de complicarse el seguir manteniendo la opinión de que el diagnóstico de la Modernidad líquida sustrae al poder la posibilidad de ser escrutado en sus lógicas de dominio.

En resumidas cuentas, tras haber negado el compromiso de las nuevas élites con la configuración de un estado de cosas, el propio Bauman aporta descripciones bien precisas de ese mismo estado de cosas, en el que las mentes y los cuerpos de los individuos se ven sometidos a una fuerte presión coercitiva que los empuja a la batalla por realizarse como microcosmos en un ambiente sumamente hostil. Así pues, Marramao acierta al subrayar el excesivo esquematismo con que se aborda en Bauman la relación entre global y local, donde efectivamente lo primero pasa por privilegio y lo segundo por resignación.⁴⁴ Y del mismo modo, no es descabellado el reparo hacia un uso inflacionario de la categoría “líquido”, que no solo agrava la impresión de que no hay donde hacer recalar un examen del poder o de cualquier otro aspecto del mundo contemporáneo, sino que además amenaza con conferirle a la etapa anterior un carácter a veces demasiado monolítico.⁴⁵ No obstante, considero que Marramao yerra al extraer la conclusión de la inoperancia de la metáfora de la liquidez para abordar el poder y, en un plano general, para dar cuenta de la hipertrofia que al menos a grandes trazos explica muchas de las patologías que irrumpen en esta edad de la celeridad. Al cometer precisamente la incoherencia que lo sitúa como justo objeto de crítica, Bauman ofrece indicios de los derroteros que puede estar tomando el ejercicio sobre los individuos de un poder incautado a la praxis política. De hecho, la gran virtud de la imagen de la liquidez está en su potencia plástica a la hora de expresar la anacronía de la reconstrucción de centralidades y la ausencia de puntos fijos en los que dar por realizadas las expectativas, justamente dos de las características que Marramao le atribuye como distintivas a la lógica de poder actual. Sea como fuere, una invitación parece coger fuerza por encima de la confrontación, a saber, la de escrutar el papel que aun en pensadores que han hecho de la

⁴³ Cf. en el caso de Bauman, por ejemplo: (2003), *Amor líquido*, ob. cit., pp. 13-14; o (2007), *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 78 ss. Para esta cuestión en Marramao, cf. entre otros: (2013), *Dopo il Leviatano*, ed. cit., pp. 466 ss.

⁴⁴ Cf. por ejemplo, amén de lo ya citado al respecto, (2001), *En busca de la política*, ed. cit., p. 35.

⁴⁵ Me he referido a esta cuestión en: Miravet, Nerea (2014), “Z. Bauman, les tasques pendents d’una Modernitat perible”, *L’Espill*, nº 47 (en prensa).

aceleración moderna del tiempo su caballo de batalla, desempeña la espacialidad, ya sea en el muestreo de consecuencias que conlleva su carencia -léase Bauman- o incluso -como en el caso de Marramao- en su reivindicación en cuanto piedra de toque para una alternativa ético-política. Tal vez en ello anide el rédito filosófico de la importancia de llamarse poder.